

YOLANDA  QUIRALTE

Las 

Campanas

no SON 

 sólo

PARA Las

iglesias 



*Las campanas
no son sólo
para las iglesias*

Yolanda Quiralte

Esencia/Planeta

© Yolanda Quiralte, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: letras: Enterlinedesign – Shutterstock e ilustraciones:
© Sophie Guët
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: abril de 2018
ISBN: 978-84-08-18384-6
Depósito legal: B. 4.778-2018
Composición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Misión 1



Rescatar a un zumbado en la piscina municipal

Juro por todos los dioses del firmamento estelar que si sigo oyendo villancicos voy a ponerme a gritar como la loca que llevo dentro. Y la llevo, te lo aseguro.

La primera noción que tuve de mi locura obsesa-posesa vino de labios de mi abuela, ni más ni menos: «Diana, ¿cómo vas, nena, a meterte en semejante follón si lo tuyo es la tranquilidad de tu casa?».

Y eso, créeme, es lo mismo que me he repetido durante 2.309.402.394 veces a lo largo del último año y medio.

Ser policía en este mundo de pirados instantáneos (especie de zumbados que en un minuto la lían parda sin pensar en las consecuencias inmediatas de su acción, *oséase*, esposas, calabozo y tunda abogacil con juicio incluido) es uno de esos errores que una comete en la vida una sola vez, porque, claro, en cuanto consigues la placa: «¡¡No vas a ser tan gilipollas de dejarlo!! Pero ¡¡si eres funcionaria, hija mía, ¿cómo se te ocurre?!! ¡¡Con lo que te ha costado llegar hasta aquí!!».

¿Llegar adónde exactamente? ¿Al borde de la piscina del ayuntamiento, a cinco días de Navidad, llena hasta los topes y con un sujeto de identidad desconocida dando saltos como el macaco de *El rey león* en pelota picada encima del trampolín?! ¿Para eso he estado yo como una capulla metida en la academia de Ávila durante no sé cuántos meses, más puteada que una monja de clausura? ¿Para eso? ¿Con villancicos como música de fondo?!

¡¡Y una mierda!!

—Haga el favor de bajarse de ahí, por favor. Está usted llamando la atención de todos los usuarios de la piscina municipal.

—Tú *flipaz*, madera *tocapelotaz*. No *pienzo* bajarme de aquí *hazta* que mi Lola venga a *buzcarme*. Quiero que *zepa* lo bien que nado.

Perfecto, lo que me faltaba, un borracho exhibicionista enamorado. Un tonto del haba. Debe de ser mi sino. Se me da genial encontrarme con idiotas.

—Se lo repito por última vez: ¡¡¡BAJE DE AHÍ INMEDIATAMENTE!!!

—Ni lo *zueñez*. Mi Lola dice que el vecino del cuarto *ez* el mejor, pero yo *zé* que no. No hay nadie que me gane *zaltando dezde* el trampolín.

¡Y ¿qué hago?! ¿Saco la pistola y lo amenazo? ¿Le pego cuatro gritos? ¿Pido refuerzos? ¿Sigo mirando al resto de los nadadores, estupefactos ante mi nula actuación como agente de la ley y el orden?

—Estoy empezando a enfadarme. ¡O baja usted de ahí, o me veré obligada a actuar de un modo más contundente!

Contundentísimo, desde luego, aunque si descarto lo de la pistola en su culo, casi me quedo sin recursos. No quiero que me expedienten por «ensuciar mi arma» de semejante forma.

—Oh, la maderita tiene mala leche... ¡*Puez* no voy a bajar, y ya *ze* puede poner como una energúmena, que aquí me quedo! —apunta dando saltitos con los pies en medio del trampolín azul.

No me gustan los desafíos. Me ponen negra. Caigo en todos.

—Eh, ¿es que no piensa hacer nada? Anda que..., policía y encima inútil.

Perfecto, un usuario tocacojones. Decidido. Intervengo. Allá voy, yo... y la brillante idea que acabo de tener.

—Anda, la poli viene a *zaltar* conmigo. Venga, venga, que yo le voy a *enzeñar*.

Titubeo a mitad de la pasarela. No es que me encante caminar por una tabla móvil y tambaleante delante de alrededor de setenta y cinco personas que me miran desde debajo de sus gorros de látex. No, la situación no es de mis preferidas. Pero, en fin, allá que voy.

—Deme la mano y camine hasta mí. Quiero hablar con usted con tranquilidad y aquí, desde luego, no podemos hacerlo. Por favor, venga hacia mí. ¡¡No, no salte!!

—*Eztoy* entrenando para cuando venga Lola. *Zólo* podré dar un *zalto ezpectacular*, *azí* que debo practicar.

—Está usted cometiendo varios delitos: desacato a la autoridad, o sea, yo, exhibicionismo público...

—¡Eh, qué yo no *zoy* ningún *zibionista*! *Zimplmente zoy naturizta*. Atención *todoz*: ¡¡VIVA LA MADRE NATURALEZA!!

—¡VIVA!

Casi ochenta bocas aclamando al héroe. Cojonudo.

—Está bien. Ya me ha enfadado. Queda usted detenido...

—Bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla...

Uf. Me está poniendo de los nervios. En serio. De verdad. Saco la pistola.

—¡¡LE HE DICHO QUE SE BAJE YA MISMO DE AHÍ!!

—¿Me va a *dizparar*? Hoy, en *zerio*, ez un día de mierda.

Mira, primer punto en el que estamos de acuerdo.

—Me ha dejado Lola, mi novia. ¡*Eztoy* haciendo el ridículo en medio de una *pizina* llena de gente paleta con gorro de ducha y encima odio *loz villanzicoz* de *loz cojonez*!

Segundo punto a su favor y abucheo general de los bañistas por el taco.

El sospechoso, culpable a todas luces, sacude las manos como acallando a las masas y vuelve a saltar en la puntita del artilugio maligno, que está empezando a darme vértigo. Muy bien. Acción-reacción, es decir: salto-asalto.

Camino deprisa por el trampolín y lo agarro de los brazos justo en el momento en que éstos se encuentran atrás cogiendo impulso.

—Pero bueno, ¡¡zi la poli me quiere *zobar*!! ¡¡Zo guarrona!! ¡¡A que la denuncio por *acozo zezzual*?!
—Hala, machote, vámonos a comisaría —mascullo intentando ponerle las esposas—. Creo que hoy va a pasar un buen rato metido en el calabozo.

—Ezo, ni de coña. Yo primero *zalto*. Y *¿zabez* qué? Tú te *vienes* conmigo. —Tirón a las esposas—. ¡¡Al agua, *poliiiiii-patoz*!!

—¡¡Ah, haga usted el favor de parar!!

¡¡CHOFFF!!!

Plas, plas, plas, plas, plas, plas. ¿Quién carajo aplaude?

Glu, glu, glu, glu, glu, glu...

Lo último que recuerdo es el *Jingle Bells* a toda castaña entre el estrepitoso aplauso de los bañistas. ¡¡Arg!!

—¡¡*Zabe uzted*?!
—Sorpréndame...
—Ez toda una *Ezther Williamz*...
—¡Cállese, por Dios!

Misión 2



Cogerle los datos al zumbado y tomar decisiones importantes

—Muy bien, señor, acompáñeme a la comisaría.

—¿Azí, chorreando?

—Sí, así, usted se lo ha buscado.

—Yo *zólo* ze lo digo porque *vamoz* a poner el coche patrulla perdido.

—Usted de eso no tiene que preocuparse.

—*Puez* bueno, yo no me preocupo de nada, *zoy* un hombre *zin* preocupacionez.

Lo miro de reajo, sé que no debo, pero lo hago, no puedo evitarlo. A pesar de mi mal humor, reconozco que está hecho un verdadero cascajo así vestido, con el albornoz de una de las abuelas asiduas de la piscina. No parece un sujeto nada peligroso, pero a mí me ha dado la tarde, algo nada necesario teniendo en cuenta la mierda de día que llevo.

Miro el reloj de la piscina: son las cuatro y cuarto. Mi turno termina a las seis, así que tengo justo el tiempo necesario para llevar a mi amigo a comisaría y rellenar el informe pertinente delante de los morros del comisario Albalate, un auténtico capullo que ha decidido consagrar su vida a tocarme las narices, puntiagudas y perfectas, por cierto.

—¿*Ez* *necezario* que vaya en el *aziento* de *detráz*? Yo me mareo en coche.

—Eso, señor...

—*Carloz*, *Carloz* Pardo, encantado, *zeñora* agente de policía.

—Muy bien, señor Pardo, conduciré despacio para que no se maree, se lo prometo, pero ahora sea razonable —de una puñetera vez— y siéntese detrás. Vamos, que ya me ha hecho perder demasiado tiempo.

—Puez ya lo *ziento*, de verdad. No era mi intención cuando me he levantado *ezta* mañana.

Me meto en el coche tratando de no hacer mucho caso al señor Pirado de la Vida. Me acomodo en mi asiento y meto las llaves, que aún chorrean, para arrancar mi coche patrulla.

—Le va a dar un *petardazo* de *loz* que hacen *hiztoria*.

—Le agradecería, señor Pardo, que cerrase la boca e intentara permanecer callado hasta que lleguemos a comisaría.

Sin poder evitarlo, cierro los ojos un poquito por si los malos augurios de mi amigo el detenido se hacen realidad, cosa que no ocurre, gracias a Dios.

Conduzco con precaución para que el enamorado desquiciado no se maree y no me vomite en el coche. Es una proeza que consigo a pesar de los gestos de indisposición que me dirige. Lo observo con mucho recelo para poder parar a tiempo en caso de que sea necesario, y es que sí, soy una agente de la ley y el orden sería, pero no una capulla despiadada sin emociones, sobre todo porque yo también me mareo en el asiento de atrás.

—Digo yo, *zeñora* agente, que en menudo follón me he metido, y todo por una mujer.

—Pues sí, señor Pardo, no creo que le haya merecido la pena.

—*Ezo* aún no lo *zé*, cuando me he dado cuenta *eztaba* como una cuba encima del trampolín.

—¿No recuerda nada más?

—No. *Zólo* que Lola *eztaba tirádoze* al vecino en el cuarto de *laz calderaz* del *pizo* nuevo. ¡¿*Zabe uzted, zeñora* agente, que me *cazaba* el *zábado*?!

Aprovechando que el semáforo está rojo, me vuelvo a mirar al detenido, que acaba de romper a llorar.

—Lo siento mucho, de verdad.

—*Ez* duro, no *zé* qué va a *zer* de mí a partir de ahora. No podré volver a confiar en nadie.

—Una mala experiencia no arruina una vida, señor Pardo, se repondrá y saldrá adelante.

—¿*Uzted* cree? —pregunta llorando todavía más fuerte.

—Estoy del todo convencida. ¿Tiene familia aquí?

—*Zi. Miz* *padrez* y mi hermana.

—Estupendo, ellos lo ayudarán. No se preocupe, lo superará, ya lo verá.

—No lo *zé*, *zi* quiere que le *zea zincero* —afirma mirando por la ventanilla mientras llora inconsolable.

Sigo mirándolo de reojo, pero él no parece darse cuenta. Empieza a tocarme la fibra. Míralo ahí, joder, pobre chaval, sentado en un coche de policía, detenido y vestido con un albornoz de mujer después de haber montado un pollo de tres pares, desnudo, delante de unos setenta y cinco viejecillos de los cursillos de natación del Imsero.

Ains...

—Me iba a *cazar* el día de Navidad, porque Lola decía que era muy romántico. ¡Ay, que me mareo! Todo me da *vuelgaz*.

—¿Por qué no cierra los ojos y respira hondo, a ver si se le pasa? Ese malestar es producto de todo el alcohol que ha bebido.

—Una caja de veinticuatro *birraz*, para *zu* información.

—¿Ve?, normal que se encuentre mal.

—Mal no, fatal..., me encuentro fatal.

—Respire.

—Lo intento.

Vuelvo a mirar la hora y al pobre desgraciado que llevo detrás. Pobre, pero pobre de verdad... ¡¿Cuántas veces he pensado que ser poli y blanda no es compatible?! Creo que 2.522.000. ¿Qué hago? ¡Mierda, ya empiezo a dudar sobre si llevarlo a comisaría o no! Total, tampoco ha hecho nada grave. Escándalo público. Sólo eso, y, reconócelo, motivos tenía el chaval para ponerse así.

—¿Le importaría bajar un poquito la ventanilla? De verdad no me encuentro bien...

—Le pondré el aire acondicionado. Está prohibido: ya sabe, las normas.

—Vale, lo que *uzted* haga *zerá* perfecto.

—¿Quiere que lo lleve al hospital?

—¿En el *hozpital* curan *corazonez rotoz*?

Niego con la cabeza porque soy incapaz de responderle de otra forma. Tiene el rostro de un color ceniciento y los ojos hinchados como los de una sapa de charca. ¡Pobre! ¿Qué hago? Desde luego, Diana, que lo tuyo es grave.

—¿Dónde viven sus padres?

—En la urbanización El Balcón.

Ay, que me da el yuyu... ¿Qué hago? Me tiembla el pie sobre el acelerador. Si sigo adelante ya sólo quedan dos manzanas para llegar a la comisaría, pero si giro a la derecha... Total, Di, ¿quién carajo sabe lo que ha pasado en la piscina si hoy vas sola, sin compañero? Ea, decisión tomada. No voy a complicarle más las cosas al muchacho. Ya tiene bastante con lo que tiene. ¡¡Lo suelto!!

Enfilo el coche hacia la derecha sin ningún remordimiento y sonrío para mis adentros. Soy una poli algo ñoña. Más blanda que el algodón. ¿Y qué?

—Señor Pardo, ¿cuál es la casa de su familia?

—La cuarenta y *doz*, ¿por?

—Mire, usted y yo vamos a hablar. Debido a su estado y a todo lo que ha sucedido, he decidido librarlo de los cargos.

Carlos Pardo se pone recto de un salto.

—¿De verdad *eztá uzted dizpuezta* a hacer *ezo* por mí?

—Sí, será nuestro secreto, ¿le parece? Además, al fin y al cabo, casi es Navidad.

—Ni la nombre. La odio.

—Yo también.

Aparco el coche justo en el vado del garaje de la familia Pardo y me bajo notando un biruji tremendo. ¡¡Sigo mojada y no me acordaba!! ¡Qué ganas de llegar a casa y cambiarme!

Le abro la puerta a Carlos mientras él me observa con una de esas miradas llorosas que llegan hasta el epitelio superior del tuétano, si es que esa parte del cuerpo existe, y lo ayudo a salir. Acto seguido le quito las esposas.

—¿Sigue encontrándose mal?

—*Zí*, cada vez peor. ¿Puede llamar *uzted*, por favor? Ya verá la cara de mi padre. Nunca le *guztó* Lola.

—Por eso no se preocupe, su familia lo ayudará y mañana todo será distinto.

Carlos me mira no muy convencido y camina a mi lado arrastrando los pies enfundados en unos de esos calcetines de látex que alguien le ha prestado. Llamo a la puerta sin dudar. El exdetenido y yo estamos al borde de la congelación.

—Voy —dice una voz femenina al otro lado de la puerta—. Debe de ser el traje de novio de Carlos, dijeron que lo enviarían hoy.

El susodicho me mira mientras sus ojos chorrean lágrimas, porque este hombre no llora, se exprime.

La puerta se abre justo en el instante en el que pienso que Carlos está al borde de la deshidratación y aparece una señora

muy guapa de unos cincuenta y cinco años, vestida como si fuera a ir a la ópera en ese mismo momento, algo imposible si tenemos en cuenta que son las cinco de la tarde de un lunes.

—¿Carlos? Mi vida, ¿qué te ha pasado? Oh, Dios, ¡Alberto, Alberto, ven corriendo, por favor! ¡Carlos está aquí con la policía!

—Tranquilícese, señora Pardo, soy la agente Diana Suárez, su hijo está en perfectas condiciones. ¿Me permite pasar y así se lo explico con calma?

—Desde luego, por favor, pase, perdone mi falta de educación. Me he quedado sorprendida al verlos. Carlos, hijo mío, ¿estás bien? —pregunta la madre, aún sin poder creerse lo que tiene delante: su hijo vestido como la Charito y una poli mojada como un pollo—. ¿Quiere sentarse?

—Gracias, pero, como puede ver, estoy mojada. Se lo voy a poner todo perdido.

—No importa, de verdad, aunque si va a...

—Yo *zí* me *ziento*, *zi* no *oz* importa.

Ambas miramos al hombre-albornoz, que no puede evitar enseñar todas sus partes al despanzurrarse en el sofá de flores de su santa madre, que abre los ojos escandalizada.

—¡¡Carlos!! ¡Tápate! ¡¿Qué va a pensar la agente?!

—Nada, tranquila, he visto a su hijo en peores momentos, se lo aseguro —afirmo comprensiva.

El aludido frunce el ceño y se tapa veloz con un cojín.

—Pero ¿qué pasa aquí? —pregunta el que debe de ser el padre de Carlos.

—Ay, Alberto, tu hijo, que acaba de llegar acompañado de la policía. ¡Algo grave debe de haber pasado!

—No ha *pazado* nada, mamá, nada de nada. *Sniff, oing, guñuguñu...*

—¿Estás drogado, Carlos?!

—GUNUGUÑUGUÑUGUÑ, ONGGGGGGGGG...

—¿Se ha dormido?!

—Eso parece. Miren, señores Pardo, al parecer, según cuenta su hijo, a la hora de la comida ha tenido la desagradable sorpresa de encontrar a su novia en una actitud..., digamos...

—quién me mandará a mí meterme en semejante berenjenal—
comprometida.

—¿Cómo?! ¿A Lola?! Imposible.

—De imposible, nada, Lourdes, te he dicho siempre que *ésa* no era de fiar. Cuéntelo todo, agente, por favor.

—Como les decía, descubrió a su novia en actitud cariñosa con uno de los vecinos de la finca donde iban a vivir y...

—¿Será putón, la tía!

—Alberto, contrólate. Siga, por favor. ¿Dónde la encontró?
¿En su piso?

—No, en el cuarto de las calderas. —Hasta a mí me da vergüenza contarle, leches—. La situación debió de causarle una especie de *shock* y los usuarios de la piscina municipal nos llamaron porque...

—¿Lo encontró en la piscina?

—Sí, señora, desnudo y a punto de saltar del trampolín.

—Debía de estar borracho para hacer una cosa así, mi hijo no...

—Pues así estaba, ebrio.

—¡Ay, Alberto, qué vergüenza!! ¿Qué dirán los vecinos?!
¿Qué vamos a hacer?!

—De momento, ayudar a tu hijo, que bastante mal lo estará pasando el pobre, te lo aseguro. Aunque si me hubiera hecho caso, otro gallo habría cantado.

—No creo que sea el momento de reprocharle nada a su

hijo. Por mi parte, desde luego, y como favor especial debido a la situación, no voy a dar parte del suceso, pero les aconsejo que lo vigilen para que no se repita. Y ahora, si me disculpan, debo retirarme ya.

—Muchas gracias, señorita, gracias por todo y por cuidar a mi hijo.

—Es mi trabajo, no se preocupe. Buenas tardes.

Salí de allí escopetada, pero, antes, no pude evitar mirar por última vez al pobrecillo Carlos. Parecía tan frágil... Puñetero amor.